

Familias y menores: de la mano por la web

Con internet caemos en dos extremos: “No pasa nada, mi hijo está seguro en su cuarto con el móvil” o “internet y las redes sociales son peligrosas”

Sara Mendizábal



En una sociedad que se hace llamar de consumo, es curioso que en pocas ocasiones enseñemos a nuestros hijos e hijas a consumir. Tenemos claro que según van creciendo van pudiendo asumir pequeñas responsabilidades como comprar el pan. Les vamos enseñando a diferenciar monedas y llega un momento en el que saben cuánto les tienen que devolver. O lo van aprendiendo a través de la pregunta en la tienda de chuches: “¿me llega para...?”. Poco a poco van creciendo y vamos ampliando la zona y las responsabilidades, siempre en función de sus capacidades. Si no lo hiciéramos, crearíamos niñas y niños dependientes e inútiles. Pero, ¿qué pasa con el mundo cibernético? ¿Les ofrecemos el mismo proceso de aprendizaje?

Sería impensable dejar a un chico o chica de 10 años sólo en el centro de una gran ciudad, con libre acceso a todo lo que se puede encontrar. Sin embargo no tenemos ninguna duda en salir a la calle con ellos de la mano. Pero cuando hablamos del mundo cibernético nos cuesta aplicar la misma lógica. Con internet caemos en dos extremos. “No pasa nada, mi hijo está seguro en su cuarto con el móvil” o “internet y las redes sociales son peligrosas”. Muchas veces el debate se centra en prohibir o a qué edad permitir. Desde el Programa Suspertu nos centramos en el cómo. Cómo podemos acompañar a nuestros adolescentes, cómo les podemos dar las herramientas necesarias para manejar la inevitable exposición a los contenidos de la red virtual. Las nuevas tecnologías son una realidad, y al igual que no podemos encerrar a nuestros hijos en casa, tampoco podemos restringir el uso de una parte importante de su realidad actual.

Existen programas y aplicaciones de supervisión y control parental, y su buen uso puede estar muy indicado, pero la mejor he-

rramienta que podemos utilizar es dotar a nuestros hijos e hijas de pensamiento crítico. Y es que a veces se nos olvida que la educación es básicamente formar a personas que puedan decidir. Porque el verdadero aprendizaje no es el que te dice lo que tienes o no tienes que hacer, sino el que te prepara para decidirlo por ti mismo. Y ese juicio crítico es el que hay que potenciar, a través de valores, de la toma de decisiones o de actitudes, tanto en el mundo exterior como en el digital. Porque al final este último no es más que un reflejo del otro.

Las nuevas tecnologías ofrecen una oportunidad que hace 20 años no existía. Hablamos de lo poco que necesitábamos y lo imaginativos que éramos, y nos comparamos con una generación en la que parece que lo tienen tan fácil que no saben ni lo que quieren. Tener más no es necesariamente tenerlo más fácil. Esta generación se enfrenta a retos que otras no han tenido que enfrentar. Elegir es un gran reto, tomar decisiones es uno de los aprendizajes más importantes en el desarrollo, aunque a veces, como personas adultas, se nos olvide que es algo que hemos aprendido. Y cuando hay tanto donde elegir, y tan poco entrenamiento en la toma de decisiones es mucho más fácil equivocarse. A golpe de un clic podemos acceder a un exceso de información de diversas fuentes que se contradicen. Y por el camino a la información que buscamos nos bombardean con publicidad o contenidos que pueden ser inadecuados para determinadas edades. Nos llegan bulos,

“fake news” y enlaces trampa. Hasta a las personas adultas a veces nos cuesta discriminar. Sí, es cierto. Teníamos menos, pero también teníamos las opciones mucho más claras.

Hablamos de cómo antes, en la calle, se aprendían valores de cooperación, solidaridad, tolerancia, o pertenencia a un grupo. Valores que, en el parecer de muchos, se han perdido. Ahora la juventud solo juega con pantallas, decimos. Y demonizamos de nuevo a la tecnología. Pero así como hace 40 años se podía jugar a saltar el potro o robar una gallina del corral “del Paco”, ahora se puede jugar a juegos destructivos y violentos o juegos que favorecen habilidades sociales como la cooperación, el respeto o la empatía. Juegos que ayudan a adquirir valores como el esfuerzo y a desarrollar capacidades como la toma de decisiones o la tolerancia a la frustración. Aplicaciones que ayudan a mejorar la coordinación, el procesamiento viso-espacial o los procesos de atención y percepción. Incluso juegos que son un ensayo de habilidades para la vida. La juventud puede aprender principios de historia, economía, matemáticas o política. Y todo esto ha de realizarse con un adulto al lado que facilite el aprendizaje y supervise los contenidos. Además, el acompañamiento, no tanto desde la norma, sino desde el interés por las actividades de tu hijo o hija, favorecerá el clima familiar y los espacios de ocio compartido.

Sara Mendizabal Rodrigo Psicóloga
del programa Suspertu

